

cidad promete el Señor al que guarde su ley, que se le manifestará y le hará contemplar su gloria por toda la eternidad: *Et manifestabo ei meipsum.* JOAN. XIV, 21.

¡Cuánta impresion debe hacer en nosotros la consideracion de tantas ventajas como hallamos en guardar la ley de Dios! Y sin embargo, ¿quién es el que piensa en esto? Un príncipe nos manda, y muchas veces injustamente, y temblamos. Dios nos manda cosas las más justas y útiles, y no tememos desobedecerle. Todo lo que se puede amar en la tierra, nada es en comparacion de esta santa ley; y no obstante, ¿cómo la tratamos? Demos una ojeada por las familias, por las tiendas de los mercaderes, por los tribunales de justicia, etc., y veremos, que casi en todas partes es quebrantada esta ley: por cosas de muy poco valor, se burlan, se rién y hacen juguete de ella. ¡Oh gran Dios! ¿dónde estamos? No son ya los infieles, sino los cristianos, que se llaman hijos vuestros, los que han pisado vuestra ley: los cristianos que prometieron tan solemnemente observarla. ¿Cuántas veces, amados hermanos, habeis faltado á vuestra promesa? Pensad en esto y humillaos, pedid perdon á Dios.

Y atended seriamente estas palabras con que el Sábio concluye su libro del Eclesiástico: *Deum time et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo.* ECCLI. XII, 13. Temed á Dios, y observad sus mandamientos, y esto es todo el hombre. Si esto es todo el hombre, se infiere, que todo lo demás es nada. Por más riqueza que junteis, si no habeis observado la ley de vuestro Dios, todo esto, de nada os servirá. Pedid á Dios que os conceda la gracia de penetrar á fondo esta importante verdad. No basta que sepais de memoria los mandamientos, y que los reciteis cada dia, sino que es preciso, que pidais á Dios la inteligencia de ellos, para que comprendais lo que os manda, y lo que os prohíbe. Repasadlos á menudo, y haced que, á ejemplo de los santos, sean el asunto ordinario de vuestras meditaciones. Pero, sobre todo, formad un eficaz propósito de no quebrantarlos jamás. Sí, Dios mio, yo prometo de nuevo á presencia de estos santos altares, obedecer vuestros mandamientos, y no traspasaré vuestra santa ley, aunque me importára el ganar todo el mundo, y aunque pusiese á riesgo mis bienes, mi honra y aún mi vida. Yo procuraré siempre cumplir vuestra santa voluntad, para merecer el premio que nos tenéis preparado en el cielo.

Véase: MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS, y LEY DE DIOS.

DEDICACION DE UN TEMPLO.

Quam terribilis est locus iste, non est hic aliud, nisi domus Dei et porta cali!

¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.

(Gen. xxviii, 17.)

Tales eran los justos sentimientos de respeto y amor de que estaba penetrado el virtuoso Jacob, por la majestad del lugar en que el Señor se le habia aparecido, y tales son tambien los que deberian animarnos á nosotros cada vez que entramos en nuestros templos, donde reside el mismo Dios. Sin duda llena él la tierra y el cielo con su inmensidad; sin duda debemos amar y temer su santa presencia en todas partes; pero ¿quién no sabe tambien, que él siempre ha escogido lugares que se ha complacido en habitar con preferencia á otros, y en los cuales se ha hecho sentir la accion de su divina presencia? En los sagrados libros leemos, que le agradaba aparecerse á nuestros primeros padres, y platicar familiarmente con ellos en los dias en que, enriquecidos con todos los tesoros de la inocencia, moraban en el paraíso terrenal. La Escritura Sagrada nos enseña, que él se mostró á los hombres despues que hubieron pecado, para endulzar la amargura de su destierro con el beneficio de su presencia. Tambien se apareció á los santos patriarcas, y á Moisés, á quien escogió para que libertase á su pueblo. Mas tarde, se hizo erigir un tabernáculo entre los hijos de Israel. Puestos los israelitas en posesion de la tierra prometida, cesaron de habitar las tiendas, y se construyeron moradas más sólidas: el Señor quiso entonces tener tambien la suya. David recibió la mision de allegar á toda costa los ricos materiales que habian de servir para la construccion del edificio. El gran Salomon estuvo encargado de presidir su ereccion; y cuando siete años de trabajos y esfuerzos lo hubieron perfeccionado, y

constituido una de las maravillas del mundo, hizo su dedicacion al Eterno con numerosos sacrificios, y el Señor mostró que esta habitacion le placia, haciendo sentir en ella la accion de su presencia con admirables prodigios, hasta que, cansado de las harto largas iniquidades de su pueblo, lo abandonó, en fin, para elegir otro pueblo y otros templos. El pueblo privilegiado, que ha reemplazado al pueblo antiguo, somos nosotros; y nuestros templos, en que él realmente reside, há tiempo que han sustituido al templo de Jerusalem, que el Señor apenas habitaba á no ser en figura. Basta lo dicho para conocer, cuán dignos son de profundo respeto y de tierno amor; mas como la irreverencia y la frialdad usurpan con mucha frecuencia el lugar de los nobles sentimientos, no será inoportuno, á lo que creo, despertarlos en vuestra alma. Nuestros templos, son casas de oracion y residencia de Jesucristo; y, por lo mismo, son dignos de nuestro respeto. Son para nosotros la fuente de las más preciosas mercedes; merecen, pues todo nuestro amor. Estos son los dos puntos que me propongo explicar. Imploremos ántes, etc. A. M.

1. El Señor habia querido en la ley antigua, que su templo y los objetos materiales que debian servir para su culto, se distinguiesen de los objetos comunes y de los lugares ordinarios; y que, una vez apropiados á su uso, fuesen objeto de la veneracion de todos. Habia querido que se establecieran oraciones particulares y ceremonias especiales para consagrar, santificar y bendecir cuanto debia contribuir al honor de su culto y á la gloria de su nombre. Así es, que manda á Moisés, que construya una arca, erija un altar en su honor, y le levante una tienda en el desierto; dócil á las prescripciones que del Señor ha recibido, Moisés consagra á su gloria el tabernáculo, el arca de la alianza, y todos los objetos destinados á su uso, sin exceptuar las vestiduras de los sacerdotes y sus personas, por medio de oraciones acompañadas de santas unciones y de la aspersion del agua de las víctimas, que al efecto inmola; y separados estos objetos de las cosas profanas por la consagracion que han recibido, y por el noble destino que se les ha dado, ¡desgraciado del que se olvide del respeto que les debe, del que ponga en ellos una mirada indiscreta ó una mano temeraria! El más riguroso castigo seguirá inmediatamente á su ofensa. Los culpables hijos del sumo sacerdote Helí, los habitantes de Betsames, el temerario Oza, el sacrilego Baltasar, el impío Heliodoro, y otros muchos, nos ofrecen de ello trísticos ejemplos. Si pues el Señor exigia tanto respeto por todo lo que pertenecia al culto del judío, que, á lo más, era una figura del nues-

tro, y por su templo, que no contenia más que la sombra de lo que en realidad poseen nuestras iglesias; ¿no deben exigir éstas un respeto más profundo, ya que han sido santificadas por nuestras más fervientes oraciones, purificadas por el agua de salud, y consagradas, así por las santas unciones, como por el signo augusto de nuestra redencion?

Por otra parte, consagradas las iglesias á Dios y á su gloria, son casas de oracion, y dignas, por esto, de todos nuestros respetos. ¿Por qué, pues, en nuestros dias, hay tantos hombres, que, dándose aún el nombre de cristianos, profanan tan á menudo nuestras iglesias, faltando al respeto que les deben, cuando vienen á ellas en ciertas festividades, en ciertas circunstancias, atraidos por la sola curiosidad, con el intento de ver ó ser vistos, ó con el único objeto de llenar ciertas formalidades mundanas, y de ningun modo para tributar homenaje á Dios y para orar?

El Evangelio nos enseña, que Jesucristo, al entrar un dia en el templo de Jerusalem, vió á unos hombres, que traficaban con las cosas indispensables á los sacrificios, y que, devorado de un santo celo por la gloria de Dios, ofendido, él, la misericordia encarnada, él, la bondad por excelencia, cogió una cuerda, y se sirvió de ella como de un látigo para arrojar del templo á los compradores y vendedores diciéndoles: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion: más vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones. MATTH. XXI, 13. ¿Qué hubiera pues dicho, hermanos míos, si hubiese visto, como á veces vemos nosotros, convertidas nuestras iglesias en otros tantos teatros, en que muchos supuestos cristianos entran en escena, y presentan al público la ligereza de sus pasos, la inconveniencia de su continente, y la inmodestia de sus adornos, cuando la Iglesia, por ejemplo, admitió al santo bautismo á los recién nacidos que ellos la presentan, cuando ella bendice su union ó derrama sus lágrimas y sus últimas oraciones sobre los restos mortales de sus amigos y parientes ántes de confiarles en depósito á la tierra? ¿Qué habria dicho, si les hubiese visto, como frecuentemente les vemos, estarse con ménos reserva y prudencia en medio de nuestras reuniones cristianas y de nuestras iglesias, de la que mostrarian en el seno de las asambleas profanas y de los lugares ordinarios, desdeñándose de doblar la rodilla ante el Dios, que adoran los demás fieles, insultando su fe con los aires de altivez y de impiedad sarcástica que afectan, turbando, á veces, el recogimiento del lugar santo, el orden y la gravedad de las ceremonias, con sus conversaciones extemporáneas y con sus risas intempestivas; en una palabra, ocupándose en todo ménos en orar? Si, lo que no

quiera Dios y estoy lejos de pensar; si entre los que me escuchan se encontrase por casualidad uno de esos hombres á que me refiero, le diria: Santificadas por la oracion y consagradas por las santas unciones, no introduzcas en nuestras iglesias la abominacion de la desolacion con tus escándalos; ellas son casas de oracion: ven siempre á ellas para entregarte á la oracion, más nunca para turbar esta santa práctica; su consagracion te impone el deber de respetarlas, y la presencia de Dios, tres veces santo, que las habita, te lo impone aún más rigurosamente.

En efecto; ¿qué hay dentro de nuestras iglesias, en nuestros santos tabernáculos sino el Eterno, el Hijo de Dios, Jesucristo en persona? Por consiguiente, son dignas de todo vuestro respeto. En otro tiempo, huyendo Jacob de la cólera de su hermano Esaú, y pasando á Bethel, vió en sueños una escala misteriosa, cuya cima tocaba en el cielo y cuyo pié estaba en la tierra; vió á los ángeles que bajaban y subian para llevar á Dios las tiernas súplicas de los hombres, y para traer á los hombres los beneficios del Señor, y exclamó aterrado al despertar: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar. ¡Cuán terrible es este lugar! GEN. XXVIII, 16 ET 17. Y adoró á Dios con santo espanto. Moisés, en el monte de Horeb, apenas vió una zarza que ardía sin consumirse, penetrado de religioso pavor, iba á acercarse para contemplar mejor la maravilla, cuando oyó una voz celestial que le ordenó quitarse el calzado, imágen de las afecciones terrenas, porque aquel lugar era santo, y Moisés se acercó en seguida temblando. El gran Salomon levanta en Jerusalem un templo al Señor para conformarse con su santa voluntad; el sumo sacerdote penetrará solamente una vez al año en su santuario, y aún habrá de prepararse para esta accion temible con toda suerte de expiaciones, habrá de llevar en sus manos la sangre de las víctimas inmoladas para hacerse propicio al Señor, y será preciso que una nube de incienso oculte á sus miradas el arca santa. Si pues tal era el respeto que la santa presencia del Señor imponia en aquellos tiempos por los lugares que él habia señalado con su paso; si el templo de Jerusalem; donde el Señor pronunciaba sus oráculos, exigia tal respeto al judío, ¿qué mayor respeto, qué mayor veneracion no nos exigen, á nosotros cristianos, los templos en que reside nuestro Dios?

Y sin embargo, al ver el comportamiento de tantos cristianos en nuestras iglesias, estamos para preguntarnos ¿en dónde está su Dios? En efecto, los unos se presentan con un aire petulante y de grandeza, que sienta muy mal á su bajeza, y contrasta ofensivamente con el estado habitual del divino huésped que lo habita; los otros vienen con

todo el pomposo boato de las vanidades mundanas; éstos entran, las más de las veces, acompañados del demonio de la disipacion y de la liviandad, para charlar y reir, y para disimular muy mal, por más que hagan, con prestada alegría, los remordimientos secretos y har-to reales que roen su corazon; aquéllos, en fin, manifiestan tanta dejadez, que parece que llaman al sueño para librarse del fastidio.

Vosotros, fieles que me escuchais, no os acerqueis nunca al templo sino con un sentimiento de profundo respeto mezclado con una dulce confianza. Presida la fe todos vuestros pensamientos, rija todas vuestras palabras y vuestros menores pasos miéntras estais dentro, y os mantenga así en humildad profunda como en santo recogimiento; y no dudeis de que al Señor le serán gratas vuestras adoraciones y plegarias; de que vuestra presencia constituirá aquí la alegría de la religion, el consuelo de sus ministros, y la edificacion de los verdaderos fieles; ella será como una predicacion muda, pero más que la mia elocuente, que recordará á los que lo olviden, el respeto que deben á nuestras iglesias, dignas además de todo nuestro amor.

2. Si nuestras iglesias consagradas por las santas unciones y santificadas por la oracion, convertidas tambien en casas de oracion, y el augusto santuario en que reside Jesucristo, son dignas de nuestro mayor respeto, fundadas por la piedad de nuestros padres y fuentes para nosotros de las gracias más preciosas, merecen tambien todo nuestro amor. En efecto; ¿no fué la piedad de nuestros padres la que, en siglos más fervorosos y más creyentes que el nuestro, cubrió el suelo de nuestra hermosa patria con monumentos religiosos de todas órdenes y clases, que manifiestan todavía la grandeza de su fe, la viveza de su amor á los siglos venideros? ¿No fué ella la que erigió en todas partes, y hasta en los villorrios más apartados de nuestros pobres campos, esos templos tan modestos, y á veces tan nobles, de elegante sencillez, en que el Dios del pesebre y del Calvario, el Dios de los pobres y de los pequeños, descansa felizmente bajo un techo humilde, en el seno de nuestras poblaciones más agrestes; dónde todas sus delicias, como él mismo dice, es estar con los hijos de los hombres? ¿No fué asimismo la piedad de nuestros padres, la que levantó en el seno de nuestras populosas ciudades esos templos majestuosos, esas soberbias basílicas, que constituyen la justa admiracion del erudito y del sábio, y el muy legitimo orgullo de sus habitantes? ¿No fué ella la que enriqueció nuestras iglesias con un gran número de misteriosos emblemas, que hablan tanto al espíritu natural del hombre, que vive de la fe, como al genio del sábio arqueólogo, y que conmueven á veces el corazon de los más indiferentes

hasta lo más profundo de sus entrañas? ¿No fué ella, en fin, la que reunió en su recinto las obras maestras de escultura y pintura que las embellecen, las espléndidas vidrieras pintadas que las adornan, y esos mármoles raros que las decoran? Nuestros padres no creían hacer demasiado para el Dios infinitamente bueno, que, dichosísimo en el cielo, y justo apreciador de las sublimes adoraciones que le rinden sus ángeles, mira, sin embargo, con agrado, los humildes homenajes que los hombres le tributan en los templos, que ellos han erigido en honor suyo, y que él se digna habitar. Justamente agradecidos, se le veía rivalizar en celo, al rico como al pobre, al pechero como al señor, al hijo del pueblo como al hijo de los reyes, para la erección de templos, el primero por sus larguezas, el segundo por sus trabajos, éste pagando con su persona, aquél remunerando al obrero con sus bienes, y estotro, en fin, empleando su genio poderoso ó su saludable influjo. Y así es como el mundo ha adquirido todos estos monumentos religiosos, que formaban la delicia de nuestros padres, y de los cuales se envanece á lo ménos nuestro siglo. ¿Con qué afecto no debemos mirarlos? Además, ¿no es en su recinto donde fuimos hechos cristianos, hijos de Dios, herederos de su reino, coherederos de Jesucristo; donde nuestros ojos se abrieron á las luces más puras de la fe y nuestros corazones á las más tiernas inspiraciones de su gracia? Y ¿qué nos predicán todos los objetos que ellos nos ofrecen á la vista, sino el amor inmenso que Dios nos profesa? ¿Qué recuerdan á nuestros corazones las fuentes bautismales, el sagrado púlpito, el altar, la mesa; los augustos tribunales de la reconciliación, sino todas las maravillas que un Dios ha obrado en favor nuestro y las que su ternura todavía nos reserva?

La Iglesia, que tantas veces ha sido testigo de vuestros goces, lo fué también de vuestros más atroces dolores; y á fuer de buena y tierna madre, se ha asociado presurosa á ellos, en los días, por ejemplo, en que la implacable muerte os arrebató un padre, una madre, un hijo querido, una esposa tiernamente amada. Ella se vestía de luto como vosotros, invitando á sus hijos con su voz grave, que resuena por los aires, á venir á mezclar sus lágrimas y oraciones á las oraciones y lágrimas, que derramabais sobre el féretro de aquellos á quienes habíais perdido; y cuando la muerte os haya arrebatado también á vosotros, recibirá vuestros despojos en su seno, y ofrecerá por vosotros á Dios su sacrificio y sus oraciones, para asistir á vuestra alma, y asegurarla lo más pronto posible la posesión del cielo. Ya veis pues, hermanos míos, cuán digna es esta santa iglesia de todo vuestro agradecimiento y amor. De suerte, que si, lo que no

quiera Dios, llegaseis un día á olvidarlo, el altar, el púlpito, las fuentes bautismales, los tribunales de la penitencia, y hasta las piedras de este templo, se levantarían contra vosotros para acusaros ante el tribunal de Dios y condenaros para siempre.

Pero léjos de ser así con respecto á uno solo de nosotros, todos la manifestaremos continuamente el respeto y amor que la son debidos; todos querremos frecuentarla y visitar asiduamente al divino huésped que la habita: todos vendremos fiel y puntualmente los domingos y fiestas de guardar para cumplir el santo precepto del Señor, y dispuestos á sufrirlo todo, á ejemplo de los primeros fieles, antes que faltar al mismo. Sí, santa Iglesia dé Dios, fuente y causa de toda nuestra alegría; pegada quede al paladar la lengua nuestra, seca quede nuestra mano diestra, si no nos acordáremos de tí; y si estos piadosos sentimientos son siempre los de nuestras almas, saldremos siempre de tu recinto mejores de lo que hayamos entrado; saldremos llenos de fe, de amor y de esperanza, y tu serás para nosotros como la puerta que conduce á la mansión eterna.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

*Vere Dominus est in loco isto...
Quam terribilis est locus iste!
Non est hic aliud nisi domus Dei,
et porta cæli.* GEN. XXVIII, 16
ET 17.

*Solve calceamenta de pedibus
tuis; locus enim in quo stas, terra
sancta est.* EXOD. III, 5.

*Si cælum et cæli cælorum te
capere non possunt, quanto magis
domus hæc quam ædificavi?*
III REG. VIII, 27.

*Santificavi domum hanc quam
ædificasti, ut ponerem nomen
meum ibi in sempiternum, et
erunt oculi mei et cor meum ibi
cunctis diebus.* IDEM. IX, 3.

Oculi mei erunt aperti, et

Verdaderamente que el Señor habita en este lugar... ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.

Quitate el calzado de los piés, porque la tierra que pisas es santa.

Si los cielos, oh Señor, si ni los altísimos cielos no pueden abarcarte ¿cuánto ménos esta casa que yo he fabricado?

He santificado esta casa que me has edificado, á fin de que permanezca en ella mi nombre para siempre; y en todo tiempo mis ojos y mi corazón estarán fijos sobre este lugar.

Mis ojos estarán abiertos y

auris meae erectae, ad orationem eorum, qui in loco isto orabunt. II PARALIP. VII, 15.

Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo. PSALM. V, 8.

Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitationis gloriae tuae. PSALM. XXV, 8.

Zelus domus tuae comedit me. PSALM. LXVIII, 10.

Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. PSALM. LXXXIII, 2.

Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum. PSALM. LXLII, 5.

Intravit Jesus in templum Dei, et eiciebat omnes vendentes et ementes in illo... et dicit eis: Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis illam speluncam latronum. MATTH. XVI, 12, 13.

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo. JOAN. II, 15.

Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. Templum enim Dei sanctum est, quod estis vos. I COR. III, 17.

atentos mis oídos á la oración del que me invocará en este lugar.

Entraré en tu casa, y poseído de tu santo temor, doblaré mis rodillas ante tu santo templo.

Señor, yo he amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria.

El celo de tu casa me devoró.

¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! mi alma suspira y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor.

La santidad debe ser, Señor, el ornamento de tu casa por la serie de los siglos.

Habiendo entrado Jesús en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que vendían y compraban... y les dijo: Eserito está: Mi casa será llamada casa de oración; más vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones.

Y habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo.

Pues si alguno profanare el templo de Dios, perderle há Dios á él, porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La Iglesia en la dedicación ó consagración de sus templos tomó el ejemplo del gran patriarca Jacob, el cual en muestra de respeto por la visión de aquella misteriosa escalera, por la que subían ángeles del Señor, erigió en monumento aquella piedra, que le había servido de cabecera, y derramó aceite sobre ella. GEN. XVIII.

En el templo no todos deben servir como ministros de Dios, según pretenden los protestantes; y por esto llamamos intruso y sacrilego al que se arroga el sagrado ministerio, sin haber sido llamado de Dios y consagrado por los legítimos pastores. Dios también fulmina sus rayos contra esos usurpadores osados y sacrilegos, como lo vemos en Coré, Datan y Abiron, quienes, por su atrevido proyecto de ofrecer incienso á Dios en el santuario, sin ser llamados ni ungidos, fueron tragados horrorosamente por la tierra, que se hundió debajo sus piés. NÚM. CAP. XVI.

Aún los que están destinados al servicio de Dios deben administrar con el más profundo respeto lo que es propio solamente de su respectivo ministerio; pues toda intrusión merece el castigo de Dios. Así sucedió al incauto Oza, que llevado de una buena intención, quiso aplicar su mano al arca para que no bamboleara sobre el carro donde iba colocada; pero no era sacerdote, y el Señor, en pena de su atrevimiento, le castigó con una muerte repentina. I PARALIP. XIII.

Véase también el castigo que experimentó el impío rey Baltasar en aquel célebre festín, último de su vida, en el que hizo traer los vasos sagrados que se había llevado del templo de Jerusalén, para profanarlos con sus concubinas: este castigo nos manifiesta el respeto que debemos tener, no solo á la casa de Dios, sino también á todo lo que está consagrado á su culto. DANIEL. V.

También debemos mencionar el castigo horrible con que fué vengado el Templo santo de la profanación de Heliodoro. II MACHAB. III.

Jesucristo, como Mesías, reformador de la Iglesia antigua y fundador de la nueva ley de gracia, con su conducta, pone el sello á la ley, que amenaza con horribles castigos á los profanadores de la casa de Dios, arrojándoles, azote en mano, del atrio del templo como á profanadores del lugar santo. JOANN. II.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Ecclesia non est officina forensis, sed locus angelorum, regia caeli, caelum ipsum. S. CHRISOST. IN EP. 1 AD COR.

La iglesia no es una oficina forense, sino un lugar de ángeles, la corte del cielo, el cielo mismo.

Habes ecclesiam, sacrificium quod perficitur, patrum orationes, habes Spiritus Sancti domum, martyrum memorias, sanctorum congregationem, multaque alia,

Tienes la dicha de poseer junto con la iglesia el augusto sacrificio que allí se celebra, y las oraciones de tus padres espirituales; tienes allí la morada del Espíritu

quæ possunt te à peccatis ad justitiam revocare. IDEM. HOM. LXIX.

Tunc primis Ecclesiæ temporibus domus erant ecclesiæ; nunc ecclesia est domus, vel potius quavis domo deterior. IDEM, IBID.

Stat sacerdos Deo offerens orationem cunctorum, tu autem rides? Nihil times? Non contremiscis? IDEM, HOM. 15 IN EP. AD HEBR.

Hinc et illud quoque accedat, ut omnium pene mentium insitum sit, naturaliterque persuasum quæ Deo semel dedicata sunt, ea neque profanari, neque ulla hominum insolentia, Deo obtinente, posse attingi. Quo enim pacto fieri queat, ut ea polluantur, quæ suapte natura semper sunt munda, cæteraque emundant omnia? CONCIL. EPHES. L. V, 21.

Noluit Christus in domo sua terrene negotiationis opus... quid ergo putamus faceret Dominus si rixis dissidentes, si fabulis vacantes, si risu dissolutos reperiret? BEDA IN CAP. 2 JOANN.

Véase: BENDICION DE IGLESIA, y BENDICION DE LA PRIMERA PIEDRA DE FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

Santo, el recuerdo de los mártires, la reunion de los fieles y varias ventajas que pueden llevarte del vicio á la virtud.

En los tiempos primitivos, las casas de los fieles eran como iglesias; ahora la iglesia es como una casa, y quizá peor, que cualquier casa particular.

El sacerdote está ofreciendo á Dios las oraciones de todos los fieles, ¿y tú entretanto ríes? ¿Nada temes? ¿Y no tiembles de miedo?

Procúrese tambien inculcar en los ánimos de todos, y persuadirles por medio de la razon, de que, con el auxilio de Dios, no ha de llegarse jamás á profanar por ningun acto de irreverencia los objetos que una vez fueron consagrados á Dios. Porque ¿cómo podría tolerarse la profanacion de los objetos, que de sí son santos y eficaces para santificar á todos los demás?

Cristo no quiso tolerar en su templo negociaciones terrenas... Pues ¿qué hubiera hecho si hubiese encontrado allí hombres que reñían, ó que estaban en conversacion, ó se estaban riendo?

DEFECTOS.

Omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.

Todo lo que hay en el mundo, es concupiscentia de la carne, concupiscentia de los ojos, y soberbia de la vida.

(1 Joan. XI, 16.)

Jesucristo, en una de las admirables parábolas de que se servía para instruir al pueblo, compara el reino de los cielos á un hombre, que sembró buena simiente en su campo; y dice, que al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo. En esta parábola tenemos la historia de lo que sucede en toda sociedad cristiana. Dios siembra la buena simiente en abundancia; pero miéntras uno se entrega al descanso, viene el enemigo, y siembra la cizaña en medio del trigo. Despues, cuando el trigo está ya en yerba y apunta la espiga, descúbrese la cizaña; y los criados del padre de familia acuden á él, y le preguntan si quiere que arranquen este fruto de maldicion: *Vis imus, et colligimus ea?*... *Non: ne forte, colligentes zizania eradictis simul cum eis et triticum.* No, les contesta el padre de familia, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Sin embargo, no se debe inferir de esta respuesta, que se han de dejar en el alma los defectos, que germinan en ella; sino que, para arrancarlos, es necesaria la prudencia. La necesidad de extirpar estos malos gérmenes, se deduce claramente de las siguientes terribles palabras del padre de familia: «Al tiempo de la siega yo diré á los segadores: coged primero la cizaña, haced gavillas de ella para el fuego.» La salvacion eterna de nuestrás almas depende, pues, de la extirpacion de sus defectos: y es de la más alta importancia, conocer cuales son los defectos, que en ella han echado hondas raices. Creo,